



Ὁ Μητροπολίτης Μπουένος Άϊρες Ἰωσήφ

---

## HOMILIA

### Domingo X de Mateo

La fe es un proceso eminentemente lógico, y como tal, propio de los seres dotados de razón y, por ende, creados a la imagen y según la capacidad de alcanzar la semejanza de Dios. Es por ello que **el hombre por naturaleza cree**. En este marco, creer es una actividad propia de los seres lógicos, que tienen intelecto, simplemente porque tienen alma.

Es así como la actividad intelectual del hombre, de acuerdo a la antropología bizantina, está íntimamente relacionada con el alma. Así, cuando los Padres de la Iglesia hablan del “nous” –νοῦς- del hombre distinguen en el mismo término dos acepciones: 1-*como energía del alma*: en este marco referido a la capacidad intelectual de la persona; 2- *como esencia del alma*: es decir como la **receptividad de lo Absoluto**; en este caso, referida a la actividad propia de la persona humana de orar y como órgano anímico **receptor** de las divinas energías increadas

La fe, pues, desde esta óptica es un proceso propio del alma de la persona, pues es esta alma racional la que alberga la función intelectual y noética. Tener fe es “*creer*”, y la acción de creer se basa, en principio, en un proceso meramente intelectual, cuya sede es la energía del alma, es decir la facultad intelectual. Es por ello que la fe -en su origen- no se aleja del parámetro lógico.

Sin embargo, la fe tiene varios objetos. El hombre puede tener fe en sí mismo, en sus capacidades, en un amigo, en un pariente, en una determinada creencia o religión o, en Dios. Cuando hablamos de fe en Dios entonces el proceso intelectual inicial, dentro del cual se limita la fe en los entes creados, se **subvierte**, se auto-*trasciende* y necesariamente se inserta en el ámbito anímico más profundo, es decir en donde se perciben y se registran por medio de los sentidos espirituales las realidades del más allá, en el “*fondo del alma*”.

Permaneciendo la fe en un ámbito meramente anímico y racional, al ser su "Objeto" ontológicamente insubstancial al hombre, la operación propia de la energía del alma es superada –aunque no totalmente disociada- en una consecuente *supra-lógica*, propia de la coexistencia de los planos divino y humano. En este caso el proceso intelectual básico se convierte en metafísico. De esta manera observamos que la naturaleza de la fe es inminentemente lógica cuando se refiere a los seres creados y podemos llamarla *supra-lógica* cuando se refiere a la naturaleza increada, es decir a Dios.

Como dijimos, la fe es una actividad que es propia de la fisiología del alma humana. Toda alma humana sana cree. Diversos son los objetos de la fe, pero aún así cree en algo o alguien. Sin embargo, este proceso que al describirlo pareciera simple, en realidad es complejo, pues al ser de naturaleza *anímica-lógica* necesariamente se interrelaciona con otra fuerza o apetito de esta misma naturaleza que es la voluntad. En realidad, *uno cree solamente si quiere creer*. Si no quiere, no puede creer. Aquí, pues, se encuentra la clave de vuelta de la cuestión. Aquí, es el libre albedrío –τὸ αὐτεξούσιον- relacionado íntimamente con este apetito anímico, el que regula la actividad de la fe. Uno elige, al principio, creer o no creer, en qué creer o en quién creer.

Cuando uno elige creer en Dios este proceso se interrelaciona necesariamente con el proceso de amar, pues se sucede en el fondo del alma, en el corazón, allá donde para creer se ama y para amar se cree.